

Rosa Regás

SUEÑO DE INFANCIA

En 1944, cuando yo tenía diez años, ya llevaba cuatro en un internado que constituía todo mi mundo. No salíamos más que para las vacaciones de navidad, Pascua y verano y el resto del tiempo vivíamos encerradas en los límites que marcaban la historia de las religiones, el canto gregoriano y las celebraciones del año litúrgico. Los estudios eran nuestro quehacer diario que apenas provocaba dificultades ni sobresaltos porque teníamos nuestras horas de estudio salpicando las de las distintas asignaturas, suficientes para no sentirnos angustiadas por la falta de preparación o de entendimiento. Y para el ocio los juegos, el teatro, la música, el dibujo y los paseos de los domingos eran un contrapunto que no habríamos cambiado por nada del mundo.

Nuestro internado estaba en las afueras de Barcelona en una época en que las afueras no eran más que pueblos perdidos en una economía paralizada, retazos desgajados de aquella ciudad, la gran charca de aguas inmóviles, silenciosas y oscuras propicias al deambular de los insectos, las afecciones, el desconcierto. Era un edificio amplio y claro, aunque cerrado sobre sí mismo, volcado a los grandes patios interiores salpicados de cipreses e inmensos tiestos con hortensias. Altos y espesos muros nos separaban del paisaje exterior. La única ventana era un minúsculo ventanuco por el que todos los días nos llegaba la voz de las alumnas externas con breves y distorsionadas noticias del lejano mundo del que procedíamos, tan enigmático e inalcanzable que hablábamos de él bajando la voz como si temiéramos desvelar los insondables misterios de una quimera.

Así fue como supe un día que una muchacha muy joven y muy bella, decía mi confidente, había ganado un premio con una novela que según había oído decir a sus padres trataba de la posguerra. Y todavía bajó más la voz al pronunciar la palabra “posguerra” como si hablara de un lugar y un tiempo prohibidos y lejanos, que nada tenían que ver con la situación en la que nos encontrábamos nosotras también. Eran las externas las que nos traían los libros que hurtaban en sus casas y fueron ellas las que nos dieron todos los pormenores de aquel premio que nos hacía temblar de emoción. “Se llama Carmen Laforet, y su novela transcurre en una calle de Barcelona que se llama calle Aribau. Los periódicos han dicho que es una gran novela pero dice mi padre que será imposible leer la versión completa porque la censura cortará lo que no le guste que leamos”.

Aquella noche, en la oscuridad del dormitorio me entretuve pensando en Carmen Laforet. Buscaba en lo más profundo de mi mente algún detalle, alguna información que desvelara su rostro. No podía saber cómo era y no

habría de saberlo hasta al cabo de unos pocos días cuando nos llegó el recorte de periódico mugriento que la externa había recuperado del cubo de la basura. Era una mujer, me decía, como yo, mayor que yo pero no tanto. Pasarían los años y yo misma tendría su edad, y si me lo proponía escribiría una novela entera, como ella, y no solo esos cuentos que escribíamos las chicas de aquel primer curso de bachillerato con los que componíamos cada mes una revista de un solo ejemplar. Si ella lo había escrito ¿por qué yo no podía igualmente construir una historia como quien construye un proyecto, prepara un examen o dibuja un bodegón, y ganar el premio Nadal?

Un día nos llegó *Nada*, el famoso libro del premio que teníamos que leer en una semana porque la externa tenía que devolverlo a su casa antes de que su padre, que estaba de viaje, se diera cuenta de que había desaparecido. Lo forramos con papel azul marina y le pusimos una etiqueta. “Gramática”. A mí me tocó ser la primera pero sólo tenía dos días. Por las noches en lugar de envolverme en las mantas y dejar que mi fantasía volara al tiempo lejano en que yo misma escribiría una novela, me levantaba y me iba a los lavabos, la única bombilla encendida junto al dormitorio, y leía, leía, sin parar y sin apenas comprender más que las pinceladas de angustia y melancolía que llenaban todas las páginas. Así era el desconocido mundo de la ciudad, del país, decía. Así era la posguerra que tanto nos sobrecogía. Así era la confusión en aquel piso de la calle Aribau donde no había bondad ni alegría, un tosco y húmedo ambiente con personajes envueltos todos en una violencia que no tenía más motivo que el desprecio. Sí, creo que esto es lo único que comprendí, lo único que retuve del mundo de Andrea, una heroína que fue creciendo y agigantándose con los días y los años y que pasó a ser una figura mítica en el mundo de ficción que poco a poco iba conociendo. La tristeza de Andrea se convirtió en el único argumento de la obra y cuando años más tarde volví a leer *Nada* me fue muy difícil desvelar todos los demás elementos de la novela –la atmósfera, el inicial entusiasmo de Andrea, el contraste con el lugar del que procedía, la decepción, la amistad- que tan diáfanos aparecen en una lectura sin prejuicios consolidados como eran los míos, porque venían afianzados tras la máscara triste de una desesperanza tan radical como solo se manifiesta en el desencanto al que se enfrenta la juventud.

Pasaron los años tan fugazmente que ni siquiera se detuvieron en esa fecha de mis veintitrés años que yo misma había previsto para emular a Carmen Laforet. Leí *El último verano* y *La mujer nueva* cuando aparecieron y un bellissimo libro de cuentos, pero aún así poco a poco fue difuminándose aquel primer asombro que me había producido *Nada* hasta que la osadía de mi entusiasmo y de mi propósito se convirtieron, como dice Caballero Bonald, en “rastros, marañas, conjeturas”, desnudos definitivamente de la luz y el ardor infantil que los había definido.

Pero la vida da muchas vueltas y la experiencia nos viene a demostrar cuán cierta puede ser la afirmación según la cual se nos dice que hay que ir con cuidado con lo que deseamos no vaya a ser que llegue el momento en que se nos conceda.

Un día, muchos, muchísimos años después, tantos que nunca hubieran cabido ni en mi imaginación ni en mi más alocada fantasía de mis diez u once años, decidí presentar la novela que estaba escribiendo al Premio Nadal, una novela plagada también de melancolía y decepción a la que voluntariamente cambié el nombre de la protagonista en homenaje a la Andrea de *Nada* y a su autora Carmen Laforet, la mujer que, sin conocerla ni haberla visto jamás, había colmado de inspiración mi afán de escritura y había iniciado en mí la configuración de una poética que, en buena medida, desde entonces había orientado el proceloso devenir de mis emociones literarias.

He olvidado el enloquecido trabajo por acabar la novela para presentarla a tiempo. He olvidado las zozobras de la espera, de las dudas y de los afanes de última hora. Pero tengo en la memoria con la concisión y el detalle de lo vivido en el presente, el momento en que tras la puerta que daba al gran salón donde el Jurado leía los resultados, sentí brotar del agujero negro del olvido que guarda lo más profundo de nuestro interior, a la niña que fui, a la promesa que hice entonces soterrada tras una vida entera, y a la mujer que había inspirado el momento de goce que estaba viviendo.

Habían pasado cincuenta años pero la imagen era tan real que comprendí entonces con la misma clarividencia de la obviedad, que la memoria es la que da vida a los ausentes, no la vida biológica ni la presencia real, pero sí la vida y la presencia poéticas, tan creadoras y tan plenas como las de los versos y las novelas. Como Carmen Laforet y *Nada*, por ejemplo, que seguirán latentes junto a mí con muchas otras personas desaparecidas que he amado y conocido y muchas otras ficciones que yo misma he reconstruido, tan reales como la nieve que veo caer por la ventana o la voz de Tracy Chapman obstinada en su *Open arms* que retumba por toda la casa como un eco.